

La única esperanza que le quedaba era la de poseer á cualquier precio aquella imágen, y calmar su ansiedad contemplándola.

La fiebre puso á Guacanajari á las puertas de la muerte.

CAPITULO XV.

Partida de Colon y fin de Ainaima.



ERIDO de muerte, casi sin respiracion, reclinado en la hamaca de los reyes de Haiti, parecia exánime el cuerpo de Guacanajari.

A su lado Ainaima permanecia agitada, ansiosa, sin separar de él los ojos, temiendo á cada instante recibir su último suspiro.

Siete dias trascurrieron para la reina, sus hijos, los caciques y los vasallos de Guacanajari en mortal agonía.

Al octavo abrió los ojos, y descubrió la viva inquietud de los que le rodeaban.

Ainaima se acercó á su lado.

Sus dos hijos contuvieron los sollozos para no afligir á su padre.

Los butios, que segun la costumbre de Haiti, ántes de que acabase de espirar el rey le cortaban la cabeza, blandían ya la cuchilla para dejarla caer sobre el cuello de su soberano.

La torta de cazabe se habia ya repartido entre los parientes y principales caciques, segun costumbre, y ya resonaban los cantos lúgubres que acompañaban al rey en sus últimos momentos.

Todos elevaban su plegaria al Tzimes; el tambor sagrado resonaba en el recinto, y Ainaima y sus hijos continuaban llorando en torno de la régia hamaca.

Al abrir los ojos Guacanajari, los butios detuvieron su brazo.

De pronto resonaron en el oído del rey cánticos que hasta entonces no había escuchado más que aquel día en que por la primera vez había fijado sus ojos en la imagen de la Virgen.

Incorporándose en el lecho, descubrió á Colon que llegaba rodeado de los suyos.

El almirante había sabido su enfermedad, y queriendo fortalecer su espíritu en la fe de Jesucristo, iba con todos los suyos llevando en procesion la sagrada imagen de la Virgen.

—Rey Guacanajari, le dijo por medio de los intérpretes, te traigo la salud. Esta es la Madre de los que sufren, añadió, acercando hasta su lecho la santa imagen. Esta es la Reina de los ángeles, consuelo de los afligidos, Madre de Dios-Hombre: pidámosla que despierte en tu alma un rayo de fe, para que, si ha llegado tu última hora, puedas alcanzar el premio de tus virtudes en la santa mansion, ó para que te salve de la muerte que te amenaza.

Guacanajari se estremeció, y maquinalmente fijó su mirada en la santa imagen.

Ainaima leyó en sus ojos toda la adoracion que sentia hacia aquel objeto, cuya significacion no podia comprender.

La emocion le hizo perder el sentido y caer en un deliquio dulcísimo.

Sus ojos se cerraron, y un sueño reparador le tuvo en sus brazos durante algunas horas.

Colon y los suyos se alejaron.

No bien habían desaparecido los españoles, seguidos de los caciques y de muchos indios, cuando Ainaima, fijando sus ojos en la imagen que se llevaban:

—Madre del cielo, exclamó con el frío de la muerte, quie-

ra Dios que tu corazón se transforme en hiel, que sufras los tormentos de la ingratitud.

Pasado algun tiempo volvió á la vida Guacanajari.

Se sintió fuerte, y abandonando su recinto corrió á los bosques, escaló las montañas, disparó su flecha, llamó á los suyos y les dijo:

—Los enviados del cielo os han devuelto á vuestro rey; bendecidlos, amadlos.

Y quiso inmediatamente ir á dar gracias á Colon por el beneficio que le había dispensado.

Colon se aprestaba á partir.

Había ya dado á la fortaleza el nombre de Navidad, en memoria del milagro que en aquella noche le salvó de la muerte al encallar el navío.

La fortaleza estaba formada por una gran bóveda, que tenía encima una torre de madera.

Rodeábala un ancho foso.

Con estas condiciones bastaban pocos hombres para defenderla y dominar á toda la isla.

Antes de que llegara Guacanajari había escogido treinta hombres de los más valerosos, y que más confianza le inspiraban para que guarecieran la fortaleza.

Todos querían quedarse.

Pero ante su enérgica voluntad cedieron, y solo uno de ellos, Alonso Velez, que no fué designado para quedar allí, concibió el proyecto de escaparse en el último momento para no abandonar aquella isla.

Dió el mando de la fortaleza á Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, traspasándole los plenos poderes que á su vez le habían dado los Reyes de Castilla, y hasta dispuso que en caso de muerte le sucediera primero Pedro Gutierrez, y si éste moría Rodrigo de Escobedo.

Les dejó el bote de la *Santa María* para que pudiesen pescar, les encargó que reunieran todo el oro posible, y dispuso además que entre los treinta quedara un fisicco, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero.

Reunidos todos les encargó una estricta obediencia á Arana; respeto á Guacanajari y á sus caciques invocó los sentimientos de gratitud, mandó terminantemente que por nada del mundo se dispersaran, sino que estuvieran siempre juntos, y recomendó á Arana y á los otros jefes que adquiriesen datos completos de los productos y minas de la isla, oro y especias, y cuanto pudiera contribuir al éxito de sus propósitos.

Colon al despedirse de Guacanajari:

—Te dejo treinta hombres de toda mi confianza, le dijo, ellos te defenderán contra los caribes, y serás invencible toda vez que por su proteccion podrás convertir á tus enemigos en cenizas.

El rey indio manifestó su gratitud por haberle salvado la vida, y tuvo buen cuidado en averiguar si se llevaba la santa imàgen ó si se quedaba allí.

Supo con gran alegría que quedaba en la fortaleza.

Colon recomendó muy eficazmente á Guacanajari á sus lugartenientes, le prometió que cuando volviera de España les llevaria joyas preciosas, y el rey empeñó su palabra formal de que los españoles que allí quedaban no carecerian de nada y serian respetados por todos sus vasallos.

No contento todavía Colon con el prestigio que sus armas habian alcanzado sobre los indios, quiso como despedida celebrar en presencia de aquellos escaramuzas y simulacros de guerra.

En esta fiesta militar emplearon las espadas, los escudos, las lanzas, los arcos, los cañones y los arcabuces.

Pero nada produjo tanto efecto en ellos como la descarga

que á un tiempo hicieron las lombardas que habia en la fortaleza.

Las balas de piedra que entónces se usaban destruyeron una porcion de árboles, y la admiracion de los indios no tuvo límites.

Solo podia compararse con la alegría que experimentaban al pensar que estaban allí los españoles para protegerlos.

Guacanajari y Colon se estrecharon cordialmente ántes de despedirse

La despedida entre los españoles que partian y los que se quedaban en la isla, fue aun más tierna y cariñosa.

Colon mandó cargar en la *Niña* los tesoros que habia adquirido, los indios que se proponia llevar á España, y cuando todos estuvieron reunidos á bordo, se disparó el cañonazo de leva.

Un momento ántes se habia pasado revista y faltaba un hombre.

Era Alonso Velez de Mendoza.

Se le buscó por todas partes y no se le halló.

La *Niña* se entregó á merced del viento, y hasta que la perdieron de vista, ni los indios, ni los españoles que allí quedaban apartaron sus ojos de ella.

Una profunda tristeza se apoderó de los compañeros de Colon que quedaban en la isla.

¿Presentian acaso lo que iba á sucederles?

Los indios que habian coronado las crestas de las montañas se retiraron silenciosos.

Volvamos nuestros ojos al soberano de Haití.

Llegó una noche, noche fatal para Guacanajari.

El silencio reinaba sobre las montañas, y el mar reposaba sus tranquilas ondas sobre la arena de la playa solitaria.

La brisa empujaba las nubes hácia el Oriente.

La luna se ocultaba en el horizonte.

En medio de la oscuridad se levantó de pronto la sombra de una mujer, blanca como la espuma del mar y melancólica como el astro que acababa de ocultarse.

Atravesó lentamente la llanura deteniéndose á cada paso.

Sus cabellos iban desordenados; sus ojos lánguidos y llenos de lágrimas.

Aquella mujer era Ainaima.

Ainaima, que habia adivinado el tormento de Guacanajari, y no pudiendo resistir el exceso del dolor, iba en busca de su esposo para darle el último adios.

—Guacanajari, dijo, Vagoniana me ha conducido á tu lado y vengo á darte mi último adios.

Perdona á tu pobre Ainaima si viene á turbar tu meditacion; esta es la última vez que nos veremos, porque voy á morir.

Muy en breve nos separaremos para siempre; no quiero yo que mi presencia te mortifique ni arranque lágrimas á tus ojos.

Mi primer suspiro de amor fué para tí; la alegría inundó tu corazon cuando nacieron nuestros hijos; cuando yo duerma en el sepulcro helado, ellos te acompañarán y tú recordarás á la mujer que tanto te amó durante su vida.

Enséñales á bendecir mi memoria.

Bien sé la causa de tu tristeza, y ojalá que con mi muerte pudiera calmarla para siempre; pero no será posible.

Sin embargo, yo no puedo vivir más.

Te he amado tanto, que no siento rencor al saber que no me amas; al contrario, te bendigo con todo mi corazon.

Adios, adios para siempre.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando cayó exánime en tierra y exhaló el último suspiro.

—¡Ainaima, Ainaima! exclamó Guacanajari.

Puso la mano sobre su frente y la halló helada.

El sueño eterno pesaba sobre sus ojos como una losa.

Guacanajari cayó á sus piés.

El dolor que sentia su alma era inmenso.

Al dia siguiente al salir la aurora se le halló al lado de Ainaima.

Cundió la nueva de la muerte de la reina, y los caciques, los guerreros, los vasallos, todos acudieron á separarle de ella.

Un dia despues fué enterrada con las ceremonias acostumbradas, y Guacanajari oyó una voz misteriosa que le decia:

—Su muerte es la señal de que se acerca el fin de los soberanos de Haiti.